Soledad

¡Uf! Al fin pinté el último casillero. Me sentía bien y mal al mismo tiempo, ya que había desperdiciado esa bella tarde en la que mi cabello rubio brillaba como el sol y mis ojos celestes combinaban con el hermoso color del cielo. Estaba creando “Ranas Disco”, un juego de preguntas para aprender de forma divertida Idioma Español.

Yo era un niño de ocho años muy creativo e inteligente, entonces hice este juego para regalarle a algún amigo o familiar, pero había un problema. ¡Ay! ¿Cómo digo esto? Bueno, ahí va. Yo no tenía amigos y era huérfano, pero además tampoco tenía ningún otro familiar. No me quedó más remedio que quedármelo. Lo jugué, pero tenía que fingir que no sabía las respuestas. Eso lo hizo muy aburrido y triste. La vida no es perfecta, y los finales, no siempre son felices.

Federico Pollak

Generaciones

Adoraba poder charlar con mi abuela mientras compartimos unas deliciosas galletas de manteca todas las tardes pero presentí que aquella iba a ser especial. Lentamente, de la mano, me llevó a su cuarto. Yo era una niña muy curiosa, mis grandes ojos celestes detrás de mis lentes con gran aumento me delataban. La ansiedad inundaba mi ser.

Me susurró que me iba a mostrar un tesoro. De su placard trajo una bolsa con aspecto antiguo que decía “La Rana Hispanohablante”. Durante un instante pensé que era una rana que hablaba pero no. Era un juego que le habían regalado cuando estaba en la escuela. Lo jugamos un rato, aprendimos y nos divertimos un montón. Un año después mi abuela falleció.

Hoy cumplí treinta y siete años y tener ese juego en mis manos me hace recordarla. Me siento muy feliz al ver a mis hijos jugando con la misma rana, aprendiendo como cuando yo era chica. Sin embargo, siento un acertado temor: mis hijos quieren modificar esta reliquia familiar.

Juan Diego Aisenberg